

te has propuesto que me incomode contigo, y lo conseguirás.

—Padre, no he tenido sueño.

—Pero de todas maneras has debido acostarte. De este modo hubieras descansado.

—Padre, no os incomodéis.

—¡No he de incomodarme! Habrás estado torturándote la imaginación con lo que anoche te dije.

—No puedo ocultaros que es verdad.

—¡Qué niña eres! No te niego que el paso que vas á dar es el más grave en la vida de la mujer; de él depende su felicidad ó su desventura; pero creo que el hombre con quien vas á unirte ha de hacerte muy dichosa.

—Padre, ¡pero si no le amo!

—Ya le amarás. Tu madre, mucho tiempo después de ser la compañera de mi vida, me aseguró que cuando nos casamos no sentía hacia mí más que un ligero afecto. Sin embargo, fuimos muy dichosos. Ella llegó á quererme mucho y yo la adoraba.

—Pero cuando os casasteis, vos, por lo menos, la amabais.

—¿Quién lo duda?

—Y el conde no puede sentir hacia mí la pasión que afirma que le he inspirado.

—¿Por qué no? Permite que te diga que tu excesiva modestia raya en exageración. ¿Acaso no eres hermosa? ¿No posees un tesoro de virtud y de inocencia?

Josefina guardó silencio.

Vea que cuantas gestiones hiciese para no casarse con el conde serían completamente inútiles.

El doctor estaba decidido á que la boda se llevase á cabo.

Eran las nueve de la mañana cuando uno de los criados se presentó en el aposento en que se hallaban el doctor y su hija.

—Señor, —dijo, —el conde de Massi pregunta por vos.

—Que pase inmediatamente á mi despacho.

Como nuestros lectores ven, Massi no perdía el tiempo.

Apenas supo por Tanucci la satisfactoria respuesta que había dado don Félix, apresuróse á visitar á éste.

—Quédate aquí, hija mía, —dijo el doctor; —yo voy á saludar al conde.

Josefina exhaló un hondo suspiro.

En cuanto á don Félix, dirigióse á la estancia en que ya le esperaba el de Massi.

Éste estrechó la mano del doctor.

—Señor Montalbi, —le dijo, —anoche fué á mi casa mi amigo Tanucci; por él sé las gestiones que en mi favor ha hecho y el resultado satisfactorio que obtuvieron. Réstame deciros que me habéis hecho el hombre más dichoso, y que procuraré labrar la felicidad de vuestra adorable hija.

—Lo sé, conde, —dijo el anciano. —Si no tuviese la

seguridad de ello, no os concedería á mi hija, á ese tesoro de mi cariño.

—Ahora, deber mío es no ocultaros nada. Es probable que el príncipe me distinga encargándome una misión para España; no sé si ya os he hablado de esto en otra ocasión.

—No recuerdo.

—Esta misión,—prosiguió Massi,—puede llevarse á cabo muy en breve, y, como comprenderéis, mi deseo sería estar unido con Josefina para entonces.

—¿Con objeto de que os acompañara en vuestro viaje?

—O por lo menos para que sea mi esposa. Suponed que mi estancia en España se prolongue.

—Os he dado mi palabra de que mi hija se casará con vos, y aunque tardaseis en regresar, os la cumpliría.

—Sin embargo, no es que dudo de vos; es que mi deseo de unirme á esa hermosa joven me obliga á precipitar la boda.

—¿Para cuándo os parece que se realice?

—Dentro de dos semanas.

—Perfectamente.

—Nos casaremos; y tengo un deseo que encontraréis sin duda alguna disculpable.

—¿Cuál?

—Que la boda se verifique en mi país. Venecia no tiene más que un defecto. Es, como hemos dicho hace pocas tardes, una ciudad silenciosa; pero ¿acaso no

constituye esta quietud un verdadero encanto para pasar la luna de miel? Además, nuestra permanencia allí coincide con la temporada de Carnaval; esto es, con la época bulliciosa del año. ¿Tenéis inconveniente en que se realice mi deseo?

—Ninguno.

—En ese caso, disponed el viaje; es corto, y no ocasiona, por lo tanto, grandes molestias.

Ya comprenderán nuestros lectores que algún móvil impulsaba á Massi á hacer al anciano aquella proposición.

En primer lugar, hábale exigido el marqués de Grimaldi que la boda no se verificase en Nápoles, sino en Venecia, donde el príncipe Carlos iba á pasar una temporada.

Tampoco le disgustó á Massi que el casamiento se verificara lejos de la hermosa ciudad del Vesubio.

—De este modo, —se dijo, —es más difícil que Felisa me dé un disgusto. ¿Qué necesidad tiene de saber que voy á desposarme con la hija del doctor, si tan pronto como se realice la boda renunciaré para siempre á Josefina?

Hé aquí explicado por qué el conde hizo al doctor la proposición de celebrar su enlace en la hermosa Venecia.

Massi permaneció algunos instantes más en la casa de don Félix.

Luégo despidióse de él, prometiéndole volver al siguiente día.

Apenas quedóse solo el doctor, penetró en el aposento Roberto.

El joven no había visto á Josefina.

Ignoraba, por lo tanto, lo que sucedía.

—¡Hola, Roberto!—le dijo el doctor.—¿Cómo tan temprano?

—¿Habéis olvidado lo que anoche os dije?

—¡Ah! Tienes razón. ¿Han traído el cadáver?

—Ya está en vuestro laboratorio.

—Muy bien. Vamos, pues.

Y Montalbi salió del aposento seguido del joven.

El laboratorio del doctor era una extensa sala rectangular, cuyas paredes se hallaban cubiertas por elevados estantes de pino pintado.

Dentro de ellos veíanse multitud de huesos humanos, frascos, redomas é instrumentos de cirugía.

En uno de los ángulos había una mesa de ébano, y sobre ella una calavera, un tintero con varias plumas, un cráneo que sujetaba un legajo de papeles, y un estuche que también encerraba instrumentos para operar.

En el centro de la estancia había otra mesa de unos siete pies de longitud.

Sobre esta mesa había un cadáver cubierto con un lienzo burdo.

Sólo se le descubría la cabeza.

Era el cadáver de una mujer que, á pesar de la fealdad que imprime generalmente la muerte en las facciones, conservaba algunos restos de su belleza.

Sus negros cabellos caían en desorden sobre el tablero de la mesa.

El doctor Montalbi abrió el estuche, sacó dos escalpelos, y entregándole uno á Roberto:

—¿Conque es decir,—preguntó,—que hay sospechas de que esta desgraciada haya muerto por la acción de un tósigo?

—Eso dicen, y eso es lo que desea conocer la justicia.

—Pronto lo sabremos,—dijo Montalbi.

Y esto dicho, destapó el cadáver, arrojando al pavimento el lienzo que lo cubría.

Entonces fué cuando pudo apreciarse verdaderamente la belleza de aquella infeliz que había dejado de existir.

Parecía una Venus dormida.

La marmórea palidez de su carne la asemejaba á una estatua de alabastro.

—¡Hermosa mujer! — exclamó el doctor.

—Con efecto; si no fuese por la costumbre que tenemos de hacer autopsias y disecciones, nos daría lástima destrozarse sus carnes.

Montalbi estuvo examinando á la muerta con detenimiento.

—¡Pobre joven! — exclamó. — No contaría más de veintitrés años. Ha dejado de existir en lo mejor de su edad.

Y después de un instante de reflexión, Montalbi aproximóse al cadáver con el escalpelo en la mano.

¡Qué ruido produce el acero al cortar la carne humana!

Los cabellos se erizan.

Una autopsia produce lástima y repugnancia á la vez.

El cráneo abierto presentando la masa encefálica.

La cavidad torácica descubierta también.

Aquella mujer habría sentido pasiones, habría inspirado amor, y, sin embargo, en aquel instante, aun aquellos que la adoraban, sentirían cierto pavor y repulsión.

¡Cuán hermosa es la exterioridad!

¡Tanto como horrible el fondo de las cosas!

Ese sublime corazón que late á impulsos de cualquier sentimiento bajo el ebúrneo y blanco seno de la mujer, no es más que una víscera cuya vista nos hace estremecer á los que no hemos cultivado las ciencias médicas, y adquirido, por lo tanto, la costumbre de verlo.

Montalbi estuvo observando detenidamente las entrañas de la joven.

Ésta había fallecido, con efecto, por la acción de un tósigo.

Así resultó del examen científico que hizo el anciano galeno.

—No cabe duda,—dijo.—Hé aquí,—y señaló la región intestinal del cadáver,—las pruebas inequívocas de su muerte.

Y luégo, cambiando de conversación:

—Ahora,—dijo,—mi querido Roberto, voy á darte una noticia.

El joven fijó sus ojos en el doctor como interrogándole.

—Has de saber,—continuó don Félix,—que me han pedido la mano de Josefina.

Una mortal palidez cubrió las mejillas de Roberto.

El doctor continuó:

—Y que muy en breve mi hija se casará.

—¿Qué decís?

—Lo que estás oyendo.

—¿No habíais dicho muchas veces que una mujer no debe casarse hasta los veintitantos años?

—Con efecto, no te lo niego; pero mi Josefina es una excepción de la regla: aunque no tiene más que diez y siete abriles, se halla en la plenitud de su desarrollo físico.

—Pero...

—Y además, el hombre que la solicita es una persona dignísima bajo todos los puntos de vista, y de estas proporciones no se presentan muchas.

Roberto procuró dominar la turbación que sentía.

—Y ¿quién es el afortunado?...

—Con certeza que va á sorprenderte cuando lo sepas. Me consta que no tienes formada de él la mejor opinión.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Luego le conozco?

—¡Ya lo creo! ¡No has de conocerle!

—¿Quién es?

—El joven que tan valerosamente me salvó la vida hace poco, el conde de Massi.

—¿El conde de Massi! —repitió Roberto.

—Sí. ¿Ves cómo te sorprende la noticia?

—¡No ha de sorprenderme, don Félix! ¿Sabéis quién es ese hombre? Todos afirman que es un miserable aventurero que vive á expensas de una de sus queridas, una cantante llamada Felisa.

—¡Dios nos libre de las malas lenguas!

—Además, vuestra hija no ama á ese hombre, y vais á hacerla muy desgraciada.

—No lo creas. Mi hija está dispuesta á respetar mi voluntad, y muy en breve será la esposa del conde.

—¿Luego habéis hablado con Josefina de este asunto?

—¡Ya lo creo!

—Y ¿no se opone á que se realice esa boda?

—No.

Roberto sintióse indignado.

Jamás hubiera creído que su amada accediese á unirse con otro que no fuese él.

—En ese caso, si ella es gustosa, —dijo con acento trémulo,— hacéis perfectamente en permitir que se casen.

—¡Ya lo creo! Y que hemos de asistir á la boda muy en breve.

—Tendré mucho gusto en ello,—repuso el joven con acento reconcentrado.

Imposible es definir lo que en aquellos momentos experimentaba el alma de Roberto.

Parecíale un sueño lo que el doctor acababa de decirle.

Hasta entonces Josefina le había inspirado una fe sin límites.

Ella había sido la única mujer que había hecho palpar su corazón á impulsos del amor.

Sin embargo, ¿cómo dudar de las afirmaciones de su padre?

—Será la más desventurada de las mujeres,—pensó el joven,—y ése será un justo castigo á su ingratitud. Nunca la perdonaré. No quiero volver á verla.

Y Roberto en aquellos instantes hallábase presa de la mayor desesperación.

Veía defraudadas sus más queridas ilusiones, sus esperanzas más risueñas.

Muchos esfuerzos tuvo que hacer; gran dominio necesitó sobre sí mismo para que no estallase su cólera delante de su maestro.

Sin embargo, no le dijo ni una palabra respecto á su pasión.

El que no había de cumplirse era su propósito de no volver á hablar con la joven.

Terminada la autopsia del cadáver, Roberto había cambiado de opinión.

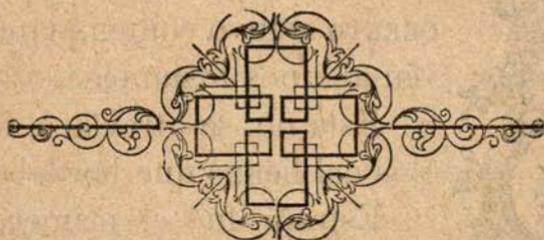
Despidióse del médico, y en vez de salir de la casa

se dirigió resueltamente hacia las habitaciones de Josefina.

Ésta se hallaba en su gabinete.

Al ver á Roberto bajó los ojos.

Comprendió en la palidez que cubría su rostro que estaba enterado de todo.





CAPITULO XLIII

Una despedida triste.



ROBERTO estuvo contemplando á la joven algunos instantes.

Ésta no se atrevía á levantar los ojos del lienzo que bordaba.

Estrañi fué el primero que interrumpió el silencio.

—Josefina,—dijo con voz alterada,—tu padre me ha comunicado una noticia á la que no puedo dar crédito: me ha dicho que vas á casarte con el conde de Massi.

La hija del doctor rompió á llorar.

—No es éste el momento más oportuno para verter lágrimas,—dijo Roberto, que empezaba á perder la

calma, — sino de que me des una explicación concreta y definitiva.

— ¡Por Dios, Roberto, — exclamó la joven con voz débil, — ten compasión de mí!

— ¿Luego es verdad lo que tu padre me ha dicho?

— No puedo negártelo.

— ¡Y eres tú la mujer que tantas veces me juraste que preferirías la muerte á ser la esposa de otro que no fuera yo?

— Roberto, yo no tengo la culpa: mi corazón sólo es tuyo; pero mi padre...

— ¡Ah, tu padre acaba de decirme que eres gustosa en que se verifique esa boda!

— No es verdad; yo te lo juro por la memoria sagrada de mi madre: no amo al conde; mi corazón es sólo tuyo.

— Y entonces, ¿cómo no le has dicho á tu padre que no serás la esposa del conde?

— He procurado disuadirle de su idea, pero mis gestiones han sido inútiles.

— No, Josefina; di que te agrada ser condesa, que prefieres á ese hombre con quien has de unirte muy en breve.

— Jamás, jamás; yo te lo juro.

— Tu padre ignora que me amas. Tengo la seguridad que si se lo hubieses dicho, no trataría de contrariarte. Te quiere demasiado para proceder de otro modo.

— Ya es tarde, Roberto. Mi padre ha dado su pala-

bra al conde de que seré su esposa; conozco perfectamente la energía de su carácter, y no se retractará por nada en el mundo.

—¿De modo que debo renunciar á tu amor para siempre?

—¡Qué hacer, Roberto mío!

—Bien; no hablemos más de este enojoso asunto. Nunca te creí tan ingrata; pero tengo la seguridad de que recibirás un justo castigo.

—¡Roberto!

—Sí; ese hombre con quien vas á unirte te hará muy desgraciada: conozco sus malos antecedentes.

—¡Pero si yo no le quiero!

—No obstante, llevas tu sumisión filial hasta el punto de no atreverte á decir á tu padre lo que pasa. Eso prueba que no es muy grande el cariño que me profesas.

—Hoy mismo le hablaré; pero ya verás cómo todo es inútil.

—¡Quién sabe!

—Sí, Roberto, tú no le conoces bien; mi padre, como acabo de decirte, es esclavo de su palabra.

—Pero ¿ha de llegar su obstinación hasta el punto de sacrificarte?

—Sí, Roberto, sí; mal le conoces cuando presumes lo contrario. No obstante, te he prometido que le hablaré de nuestro amor; y aunque sé que nada he de conseguir, haré un esfuerzo supremo.

—Adiós, pues, Josefina; esta noche deseo que sal-

gas al balcón para que me digas el resultado que obtengan tus gestiones.

—No faltaré.

—Adiós, pues, Josefina; hasta luégo.

—Adiós, Roberto.

El joven salió de la estancia.

La hija del doctor quedóse pensativa.

Pasados algunos instantes dejó el lienzo en que bordaba, y poniéndose en pie, salió resueltamente de la habitación.

—Sí, —se dijo, —es preciso que mi padre sepa los motivos que me impulsan á no querer casarme con el conde.

Y dirigióse hacia la estancia en que se hallaba el doctor.

Éste seguía en su laboratorio.

Cuando vió Josefina el cadáver, apartó sus azules ojos con cierta compasión mezclada de repugnancia.

—Adelante, hija mía, —dijo don Félix.

—Ignoraba que estabais trabajando.

—Ya terminé: pasemos, pues, á otra habitación; comprendo que el espectáculo que ésta presenta no es muy agradable para ti.

El doctor secó sus manos con un blanco lienzo, pues cuando penetró su hija en la estancia acababa de lavarse.

—Parece que estás llorosa, —dijo Montalbi, fijando sus ojos en los de su hija.

—Sí, padre mío; no puedo negaros que estoy muy triste.

—¿Por qué?

—Pasemos á otro aposento y te lo diré: la presencia de ese cadáver me inspira horror.

—Vamos, pues.

Y el galeno, seguido de su hermosa hija, pasó á la habitación contigua.

Una vez en ella, el anciano se sentó.

Josefina estaba perpleja.

No sabía cómo decirle á su padre los motivos que arrancaban lágrimas á sus ojos.

Éste allanó el camino.

—Vamos, hija mía,—dijo,—háblame con entera franqueza; ábreme tu corazón; dime cuál es el motivo de tu pesadumbre.

—Padre,—respondió la jóven con alguna timidez,—yo no quisiera casarme con el conde.

—Pero ¿por qué? ¿No es joven?

—Quién lo duda.

—¿No tiene buena presencia?

—Tampoco os lo niego.

—¿No es dueño de una pingüe fortuna?

—Lo ignoro; pero aunque la posea, eso es lo que menos me entusiasma.

—Sin embargo, ¡el oro es tan esencial!...

—De poco sirve cuando para tenerlo es preciso sacrificar nuestra libertad, torciendo los impulsos del corazón.

—¡Qué locura! Si amases á otro, se comprendería que te expresases de esa manera.

—¡Y quién sabe si será así!

—No, yo lo sabría.

—¡Ah padre, el corazón de las mujeres es un arcano! Vos habéis examinado mil veces esa víscera, pero lo hicisteis cuando ya no tenía movimiento, cuando había cesado de latir.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que habéis aprendido á conocer las afecciones físicas del corazón, pero no las morales.

—Explicámelas, pues.

—Yo amo á otro hombre.

Montalbi, al oír estas palabras, frunció las cejas.

Sintióse vivamente contrariado.

—¿Que amas á otro?—preguntó con severidad.

—Sí, padre; si me lo mandáis, me casaré con el conde de Massi; pero mi alma sólo pertenece á Roberto.

—¡Qué locura! No te negaré que es un muchacho de porvenir, al que aprecio como si fuera mi hijo; pero ¿cómo puedes establecer comparaciones entre él y la persona que te solicita?

—¿Por qué no han de establecerse?

—Porque es imposible de todo punto.

—La única superioridad que concedo al conde es que sea más rico.

—Y no eso sólo; tiene Massi mucha más representación social, es otra cosa completamente distinta. Lo

que Roberto te inspira no es más que un cariño de hermano.

—No lo creáis, padre.

—Sí, no lo dudes; pero aunque así no fuera, he dado mi palabra á Massi y al señor de Tanucci, y no me retractaría de ella por nada de este mundo. No hablemos, por lo tanto, ni una palabra más. Dentro de unos días iremos á Venecia, donde se celebrará tu boda. Puedes, por lo tanto, disponerte para el viaje.

Don Félix se puso en pie y salió de la estancia.

Josefina le siguió con los ojos.

—Ya sabía que cuantas gestiones hiciese habían de ser inútiles. Fuerza es renunciar para siempre á mi amor.

Y Josefina dirigióse á su aposento, donde permaneció el resto del día.

Cuando llegó la noche, la joven abrió las vidrieras del balcón.

La temperatura era apacible.

Roberto no se hizo esperar.

El joven estaba muy impaciente.

Como el balcón á que se asomó Josefina se hallaba muy bajo, los amantes podían hablar sin esforzar mucho la voz.

—¿Cumpliste tu promesa?—preguntó Roberto.

—Sí,—respondióle la interpelada.

—¡Ah! Veo que estás muy reflexiva. Comprendo que tu padre ha sido inexorable.

—Es cierto. Mi padre no cede.

—¿Luego serás la esposa de Massi?

—¡Qué remedio! No me atrevo á desobedecer los mandatos del autor de mis días: esto haríame aún más desgraciada de lo que soy.

—Bien, Josefina, no hablemos más entonces: ésta será la última noche que tendré la felicidad de verte.

—¿Qué piensas hacer?

—Lo ignoro; tú eras mi única esperanza, toda mi ventura: desvanecidas mis ilusiones, ¿para qué he de permanecer en Nápoles? Voy á partir muy lejos de aquí; si te viera al lado de otro hombre, sería capaz de cometer una locura.

—¡Ah Roberto! Yo nunca te olvidaré, suceda lo que quiera.

—Triste consuelo, cuando dentro de poco no podrás decirme esas dulces palabras sin faltar á los sagrados deberes que vas á imponerte.

—No es por mi gusto.

—Lo sé; pero los resultados son iguales. Josefina, Dios te haga muy dichosa; lo que siento es que no lo serás.

—Desde luego no lo seré apartada de ti, que eres el único hombre á quien amo.

—Si aun te unieses con otro que no fuese el conde de Massi, posible es que la ventura sonriera en tu casa, pero tu prometido es un aventurero, un miserable.

—Y ¿cómo convencer á mi padre de ello?

—De ningún modo; tu padre no daría crédito á mis

palabras, ni yo tampoco quiero rogarle. ¿Le dijiste que me amabas?

—Sí,—respondió Josefina con mucha tristeza.

—¿Y qué respondió?

—Apenas ha dado crédito á mis afirmaciones; dice que el afecto que nos profesamos es puramente fraternal.

—¡Qué obcecación!

—Y añadió que, aunque tenías un brillante porvenir...

—El conde le satisface más para que sea tu esposo,—interrumpió Roberto con una amargura infinita.

ε —Es verdad: no puedo negarte que ésas han sido sus palabras.

—Pues bien, Josefina, mucho te amo; pero no puedo ocultarte que poseo una gran dosis de amor propio. Hoy nada valgo; pero quién sabe si algún día seré opulento, más que ese conde de Massi, que, según afirman cuantos le conocen bien, vive á expensas de una mujer de teatro.

—¡Calla, Roberto, calla, por Dios!

El joven se embozó en su capa.

Una lágrima humedeció sus ojos.

—Adiós, Josefina; adiós para siempre,—dijo después con voz ahogada.

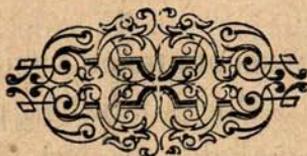
La joven no pudo proferir ni una frase.

Un suspiro arrancado de lo más hondo de su pecho fué su despedida.

Roberto se alejó.

Josefina siguióle con una mirada.

Cuando vió desaparecer á su amado, penetró en el aposento, y cubriéndose el rostro con las manos, dió rienda suelta á sus lágrimas.





CAPITULO XLIV

Un regalo de boda y una anécdota.



RANSCUBRIERON varios días.

Pocos faltaban para el que habían señalado para la boda de Josefina.

Una hermosa tarde detúvose junto á la puerta de la casa del doctor un carruaje.

Apeóse de él un caballero.

Éste era Tanucci.

El ayo del príncipe aventuróse por la escalera, y poco después penetraba en una de las habitaciones.

El doctor Montalbi hallábase en ella.

Al ver á Tanucci púsose en pie, alargando su mano al recién llegado.

—Don Félix, —dijo éste, —sé por mi amigo Massi que habéis fijado el día de la boda, y que ésta debe verificarse en Venecia.

—Con efecto.

—Yo, fiel á la promesa que os hice de ser el padrino, vengo á ofrecer á vuestra hija un pequeño obsequio y á manifestaros que mañana me pongo en camino para la reina del Adriático.

Tanucci puso sobre una mesa un estuche forrado en terciopelo azul.

Montalbi lo abrió.

Contenía un magnífico aderezo de perlas y brillantes.

En él se hermanaban el buen gusto y la riqueza.

—Es precioso, señor Tanucci, —dijo el doctor, —y os doy las gracias en nombre de mi hija.

—No merece la pena: lo único que deseo es que lo luzca el día de la boda.

—Desde luégo.

—¿Cuándo pensáis emprender el viaje?

—Mañana ó pasado.

—Sí, no hay tiempo que perder: los días pasan con una rapidez extraordinaria.

Tanucci despidióse del doctor, dirigiéndose desde allí á la morada de su amigo el marqués de Grimaldi.

—Todo se halla dispuesto, —dijo el ayó del príncipe.

—Es necesario, por lo tanto, que mañana nos embarquemos para Venecia.

—¿Y el príncipe?

—El príncipe ha partido ayer.

—Se conoce que está impaciente por ser dueño de la hermosa hija del doctor.

—No ha transcurrido un día desde que la conoció que no me pregunte por ella.

—¿Tan apasionado está?

—Muchísimo.

—Bien, Tanucci. ¿A qué hora partimos?

—Es preciso que á las seis de la mañana estéis en mi casa.

— No faltaré.

—Adiós, pues, amigo mío; hasta mañana.

Tanucci salió de la vivienda de Grimaldi.

Al siguiente día, cuando apenas advertíanse en el cielo los primeros resplandores del amanecer, Grimaldi, embozado en su capa hasta los ojos, dirigíase hacia la casa de Tanucci.

Éste ya le esperaba dispuesto á partir.

—Las seis,—dijo Grimaldi, fijando sus ojos en la esfera de un reloj que había sobre la chimenea.

—Con efecto,—dijo Tanucci,—sois un modelo de puntualidad.

El ayo del príncipe y Grimaldi, acompañados de dos sirvientes, aventurábanse pocos minutos después por las calles de la ciudad con dirección al puerto.

—¿Supongo que todo estará dispuesto?—preguntó el joven.

—Sí; en la playa espera una barquilla, que nos conducirá á bordo de un bergantín que ha de llevarnos á Venecia.

—Perfectamente.

Cuando llegaron á la playa, Tanucci y Grimaldi fijaron sus ojos en el horizonte.

¡Cuán hermoso estaba el mar!

Sus ondas azules besaban dulcemente las tostadas arenas, cubriéndolas de bulliciosas espumas.

En la inmaculada diafanidad del cielo no se veía la más ligera nube.

El sol, con sus cárdenos rayos, coloraba el horizonte, y sus encendidos reflejos iban disipándose hasta confundirse con el manto de zafiro de los cielos.

—¡Hermoso día!—exclamó Grimaldi.

—Con efecto, no puede estar más apacible.

Los dos amigos se aproximaron á unos marineros que conversaban junto á un elegante esquife.

Al ver á Tanucci quitáronse sus gorros de lana roja en ademán respetuoso.

—¿Está dispuesta la barca?—preguntó Grimaldi.

—Cuando queráis, excelencias,—respondió uno de los marineros.

--Vamos, pues.

Y Tanucci y Grimaldi penetraron en el esquife, que, transcurridos algunos momentos, balanceábase gallardamente sobre las olas.

La barca no tardó en atracar á uno de los costados del bergantín.

Éste era pequeño, pero tenía excelentes condiciones veleras.

Desde la cubierta echaron la escala.

Grimaldi y Tanucci subieron por ella.

Media hora después el buque poníase en movimiento.

Los dos amigos, en vez de quedarse sobre cubierta gozando de la hermosa perspectiva del mar, optaron por hacer el viaje en su camarote.

Éste se hallaba perfectamente adornado.

El capitán del bergantín sabía que la persona á quien había lo destinado era el ayo del príncipe.

Súprimamos la relación del viaje.

Durante él no hubo incidente digno de mención.

Sólo diremos que el marqués y Tanucci saborearon los mejores manjares y los vinos más deliciosos, y que hablaron mucho respecto al asunto que los llevaba á Venecia.

Era el amanecer cuando halláronse á la vista de la hermosa ciudad.

El bergantín ancló.

Venecia es el colmo de la idealidad.

Es un país que no se parece á ningún otro.

Únense sus calles por medio de puentes de elegantes formas.

Sus casas se reflejan en las aguas de las lagunas, unas veces azules como el zafiro, otras verdes como las esmeraldas, según el color que tenga el cielo.

En general, Venecia es hermosa; puede considerar-

se como el emblema completo de la idealidad y de la poesía.

Cierto que en la época á que nos referimos había multitud de casas que pudieran denominarse barracas; pero no hay mirada, por insensible que sea á la estética, que no se sorprenda al penetrar en el Gran Canal.

A derecha é izquierda de éste elévanse edificios de una arquitectura tan característica como maravillosa.

De las aguas, que permanecen inmóviles semejan-do la luna de un espejo, parece que á cada instante va á surgir una de esas fantásticas visiones, una de esas poéticas hadas que nos describen los alemanes en sus hermosas leyendas.

Tanucci y Grimaldi desembarcaron.

De buena gana, cediendo el segundo á sus deseos, hubiera dado un paseo en góndola; pero al decírselo á su amigo, éste respondió:

—Marqués, tiempo de sobra tendremos para lo que decís. Ahora vamos á la plaza de San Marcos.

—¿Habéis buscado en ella alojamiento?

—Sí; he escrito hace unos cuantos días á una persona de mi confianza con ese objeto.

Grimaldi no replicó.

Poco después, los dos amigos llegaban á la citada playa.

Ésta es, sin género de duda, de lo mejor que hay en Venecia.

La iglesia de San Marcos, que le da nombre, eleva

majestuosamente su cúpula, donde ciernen su vuelo millares de palomas.

Los venecianos sienten hacia estas aves una extraordinaria simpatía.

Cuando suenan dos campanadas en el reloj de San Marcos, millares de palomas abandonan la cúpula de la iglesia, posándose en la plaza.

Este pormenor se ha observado desde tiempo inmemorial.

Una vez que han posado su vuelo, no hay vecino que no se encargue de darles algún alimento.

Hermosas jóvenes de rubios cabellos é inmaculada blancura se asoman á los balcones, echando desde ellos migas de pan á las palomas, cuyo plumaje adquiere los colores del iris al sentir los efectos de los rayos del sol.

Hay quien afirma que una opulenta veneciana dejó en su testamento una manda para las palomas de San Marcos.

En la antigua república de Venecia ya profesaban los hijos de este país un extraordinario afecto á esos inocentes volátiles.

Llegó un día desgraciado para aquel pueblo, tan amante de su libertad.

Austria le hizo perder su tesoro, esclavizándole bajo su tiránico yugo.

Venecia tuvo que sucumbir á la fuerza.

Titánicas fueron las sacudidas que dió para liberarse de la opresión, pero fueron inútiles.

Altiva es el águila, pero tiene que someterse cuando le cortan las alas.

Sin embargo, los hijos de aquel noble pueblo quisieron que los colores de su pabellón resplandeciesen de nuevo en el hermoso país que les sirvió de cuna.

Sonaban las dos de la tarde en la torre de San Marcos cuando, al extinguirse la segunda vibración, oyóse el rumor que producía una bandada de aves al mover sus alas.

Aquel rumor no podía excitar la atención de ninguno de sus moradores.

Venecianos y austriacos sabían que algunos miles de palomas bajaban diariamente á la plaza en busca del cotidiano alimento.

Sin embargo, aquella tarde la presencia de las palomas produjo una verdadera emoción.

Las aves ostentaban en el cuello un lazo con los colores de la bandera nacional.

Los venecianos aplaudieron con un entusiasmo febril.

Esto excitó la cólera de los austriacos, hasta el punto que cargaron dos piezas de artillería con perdigones y las dispararon sobre los inocentes animales.

La plaza quedó cubierta de palomas muertas y el aire invadido de plumas.

Muchas de las aves remontaron su vuelo, huyendo despavoridas hacia el Adriático.

Los hijos de Venecia lanzaron una exclamación

dolorosa, y prometieron á sus enéimigos quitar á las palomas aquel emblema.

Así lo verificaron.

No obstante, hubo algunas que, tal vez por haber oido silbar el plomo muy cerca, ó por ser más asustadizas, negáronse á que las cogiesen, y durante muchos días lucieron en sus cuellos los colores nacionales.

Esto dió origen á que los austriacos tomaran una profunda antipatía á las inocentes palomas.

Una hermosa marquesa, cuyo palacio se hallaba en el Gran Canal, vió una tarde que se posaba una paloma en el alféizar de una de las ventanas de su suntuosa morada.

La marquesa se aproximó muy despacio. Antes de aprisionarla entre sus manos de nieve vió que el pecho del ave estaba enrojecido.

—¡Pobrecilla, —exclamó la marquesa, — está herida!

Y la cogió, sin que la paloma hiciese resistencia.

Desde aquel día, la hermosa dama tuvo el mayor cuidado con su enferma; tanto, que una semana después el ave tenía completamente cicatrizadas las heridas.

Por aquellos días se dijo en Venecia que algunos revolucionarios que sufrían los rigores de la expatriación habían vuelto de *ocultis* á la ciudad.

Esto obligó á los austriacos á redoblar sus precauciones, haciendo que la policía practicase registros en



Lit. J. M. Mateu Barquillo, 4 y 6, Madrid.

Arrojó la paloma al espacio.



las casas de las personas conocidas por la exaltación de sus ideas.

No había de verse exenta de este registro la morada de la marquesa, que era una de las más ardientes partidarias de las libertades de su país.

La veneciana no dudó en franquear las puertas á los agentes de policía.

No obstante, cuando fueron á penetrar en una de las habitaciones, se opuso, diciendo:

—Señores, aquí es imposible que entréis; esta estancia era la biblioteca de mi marido, y desde su muerte hice la solemne promesa de que nadie, á excepción de mi persona, repasaría los umbrales.

Estas razones no convencieron á los agentes, quienes sospecharon que en aquel aposento ocultábanse sin duda los revolucionarios que buscaban.

La marquesa, viendo su obstinación, abrió la puerta.

En la estancia se hallaba la paloma ostentando con orgullo el emblema de la república.

—Hé aquí el revolucionario,—exclamó la hermosa dama.

Y depositando un beso en el tornasolado cuello del ave, la soltó por la ventana.

El jefe de policía indignóse por aquella burla; y asomándose á la ventana, gritó con toda la fuerza de sus pulmones á varios soldados que vigilaban junto á la puerta de la calle:

—¡Fuego!

No había concluído de pronunciar esta palabra, cuando oyéronse varias detonaciones.

Los soldados habían disparado sobre la paloma; pero ésta, después de posarse un instante sobre la cúpula de Santa María de la Salud, tendió su rápido vuelo hacia el mar.

La marquesa batió las palmas con alegría, lanzando una franca y ruidosa carcajada.

Esta anécdota, que fué muy comentada en toda la ciudad, no tardó en llegar á Viena, y el emperador dió orden para que no se inquietase á aquellos inocentes animales.

Grande era el cariño que los hijos de Venecia tributaban á las moradoras de la torre de San Marcos; pero desde que adquirieron aquella significación política, las aprecian muchísimo más.

La presencia de esos volátiles les produce en el corazón algo parecido á la que experimenta el hombre de mar cuando, deseando ver tierra, se posa un ave sobre los mástiles de su buque.





CAPITULO XLV

En Venecia.



TANUCCI y el marqués de Grimaldi penetraban poco después en la *Hospedería de la Luna*, situada en la gran plaza de San Marcos.

Tanucci, como habíale dicho á su amigo, escribió con antelación al dueño del establecimiento para que tuviera preparadas las mejores habitaciones.

Allí se instalaron, haciendo después los honores á una suculenta comida.

Cuando terminaron, Tanucci dijo á su amigo que necesitaba hacer una visita al príncipe, que hallábase

instalado en uno de los palacios del Gran Canal; después añadió:

—Mañana es forzoso que madrugaremos mucho.

—¿Por qué?

—¿Habéis olvidado que llegarán la hermosa Josefina y su padre?

—Es cierto. ¿Iréis á recibirlos?

—Sí.

—Perfectamente. Yo, en cambio, daré un agradable paseo por el canal, pues no conviene que el doctor ni su hija me conozcan.

—Desde luego; y eso que poco importaría, pues mañana empieza el Carnaval, y creo que cuando realicéis nuestro proyecto aprovecharéis esta circunstancia para llevar cubierto el rostro.

—Es claro.

—¿Massi se hospedaré aquí?

—Ya he encargado que le reserven habitación.

—Perfectamente; sois el hombre más previsor que he conocido.

Al siguiente día advirtiéndose en Venecia una gran animación desde el amanecer.

Los balcones de las principales casas estaban adornados con multitud de farolillos, anunciando que aquella noche habría una de esas iluminaciones famosas en la localidad de que nos ocupamos.

El día amaneció radiante.

Los rayos del sol, al reverberar en las aguas, ofendían los ojos.

La silenciosa Venecia debía dejar de serlo durante los días de Carnaval.

Multitud de góndolas deslizábanse con majestuosa rapidez por el canal, cuyas aguas estaban serenas como la conciencia de un justo.

El doctor Montalbi y Josefina no se hicieron esperar.

Tanucci, apenas desembarcaron, los acompañó á una hospedería.

—Creí que el conde os acompañaría, —dijo.

—No, —respondió el médico; —pero tengo la evidencia de que llegará muy en breve.

—¿Mañana es el día señalado para la boda?

—Con efecto.

Tanucci fijó sus ojos en la hija del doctor.

Ésta hallábase sumamente triste.

El recuerdo de Roberto no se apartaba un instante de su mente.

—¿Habéis estado en Venecia antes de ahora?—la preguntó Tanucci.

—No, señor, —respondióle la joven.

—Ah! ¡Entonces de seguro que os agradará mucho!

—Mi padre me ha hablado de esta ciudad muchas veces con encomio.

—Pero no es posible que la imaginación más privilegiada se forje una idea exacta de sus bellezas.

—Sin embargo, me parece algo triste.

—Con efecto, no puedo negaros que hay aquí cierta melancolía...

—Mucha.

—No existe el bullicio de Nápoles; pero en cambio es ésta una ciudad que predispone como ninguna otra á los encantos de la poesía.

Josefina guardó silencio.

Deseaba poner fin al diálogo.

Aquella tarde llegó á Venecia el conde de Massi.

Inmediatamente dirigióse, acompañado del activo Tanucci, á la hospedería donde se hallaban el doctor y su hija.

Ésta palideció al ver á su futuro.

Massi, después de saludar á Montalbi, sentóse al lado de Josefina.

—¡Cuánto me entristece veros tan preocupada,— dijo á la joven;—pero espero que muy en breve me tendréis algún afecto. Yo he de complaceros en todo, y me esforzaré porque seáis muy dichosa.

La hija del doctor no respondió.

Un estrecho nudo oprimía su garganta.

Una lágrima, más elocuente que todas las frases que hubiese podido proferir, resbaló por sus pálidas mejillas.

Aquella noche, Massi acompañó á don Félix y á su hija hasta las nueve.

Llegada esta hora, despidióse hasta el siguiente día.

Josefina apenas podía contener las aceleradas palpitaciones de su corazón.

—Aun esta noche, —se dijo cuando se quedó sola en su estancia, —me es lícito pensar en Roberto; esto es, en el único hombre á quien amo. Mañana ya no podré hacerlo sin ofender al que va á ser mi esposo.

Josefina se acercó al balcón y, abriendo las vidrieras, apoyó sus brazos en la balaustrada.

La hospedería hallábase situada en una calle por cuyo centro se deslizan tranquilas las aguas del mar.

La luna rielaba en ellas.

La temperatura era apacible.

Josefina dirigió una mirada al cielo, en el que resplandecía la reina de la noche entre millares de estrellas.

La joven exhaló un hondo suspiro y exclamó:

—¡Ah Dios mío! Si en vez de unirme mañana con ese hombre, por el que no siento el menor afecto, me casara con Roberto, ¡cuán hermoso me parecería ese cielo y esta ciudad!

La joven no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

El más pequeño rumor la hacía estremecer.

Ya el producido por el remo al cortar el agua.

Ya el rudo grito del gondolero.

Sus ojos fijábanse con insistencia en la tersa superficie del mar.

Más de una vez pasó por su imaginación la terrible idea del suicidio.

Sin embargo, desvaneci6se bien pronto de su cerebro.

Josefina, como saben nuestros lectores, contaba diez y siete primaveras, esto es, hall6base en esa hermosa edad de las ilusiones, en que generalmente no se ha probado el amargo ac6bar del dolor.

Era una ni6a, y aterr6bala, por lo tanto, la muerte cuando la faltaba conocer casi todos los placeres de la vida.

Hall6base en lo m6s profundo de su abstracci6n, cuando la sac6 de ella el leve rumor que produc6an dos remos.

Josefina fij6 sus ojos en el canal.

Sobre sus aguas, argentadas por la luz de la luna, desliz6base majestuosamente una g6ndola.

Aquella ligera embarcaci6n, negra como una noche sin luceros, llevaba corridas las cortinas del camar6n.

La hija del m6dico sinti6 que su coraz6n aceleraba sus palpitaciones.

Una esperanza brill6 en su alma, como brilla la aurora cuando huyen las sombras de la noche.

—¿Ser6 6l?—pregunt6se, refiri6ndose 6 Roberto.—
¿Me habr6 seguido hasta aqu6? ¿Querr6 darme el 6ltimo adi6s?

Estas preguntas hac6ase Josefina fijando con avidez sus azules pupilas en la g6ndola.

Hubiera querido descubrir con su mirada el interior del camar6n de la barca.

El gondolero iba entonando una canción, uno de esos aires monótonos y cadenciosos que se denominan barcarolas.

Su varonil acento vibraba en el silencio de la noche con una melancolía encantadora.

Cuando la góndola pasó por debajo del balcón en que se hallaba Josefina, la cortina del camarín se levantó.

Un joven que iba en el interior fijó sus negros ojos en la joven.

Era el marqués de Grimaldi.

Josefina exhaló un suspiro.

Aunque no había podido apreciar bien las facciones del marqués, comprendió desde luégo que no era su amado.

—Roberto me dijo que no volvería á interponerse en mi camino, y, por desgracia, veo que cumplirá su promesa.

Y enjugándose una lágrima con su fino lenzuelo, retiróse del balcón, cerrando después las vidrieras

Josefina se sentó en un diván.

Allí pasó el resto de la noche.

Cuando empezaron á brillar en el cielo los tibios reflejos de la alborada, la joven estaba pálida como una muerta.

Eran las siete de la mañana cuando don Félix penetró en el aposento de su hija.

Al verla, acarició con su mano sus rubios cabellos.

—¡Qué hermosa estás, hija de mi alma! Se compren-

de bien que el conde se haya prendado de tus hechizos.

Josefina guardó silencio.

Su padre continuó diciendo:

—Te encuentro preocupada y triste; pero estas impresiones han de desvanecerse muy pronto. Ya verás qué dichosa eres al lado del hombre que va á ser tu esposo. Te hallas bajo los efectos de una falsa creencia: imaginas que Massi es un libertino, y puedo darte pruebas de lo contrario.

—¿Cuáles, padre?

—No te negaré, — continuó el anciano, — que tu futuro ha tenido en su vida una época algo turbulenta; pero esto es disculpable en un hombre cuando goza de la más absoluta libertad. En cambio ahora afirman personas respetables, como Tanucci, que Massi es modelo de conducta. Sonríe, pues, que no vea yo la tristeza en tus ojos. Si no estuviera convencido de que vas á ser dichosa, ¿erees que consentiría que se realizase tu unión?

—¡Ay, padre mío, tal vez tu buen deseo te engañe!

—No lo creas; ya verás cómo cambias de opinión.

—¡Ojalá!

—¡Quién duda que así ha de ser!

Uno de los dependientes de la hospedería presentóse llevando el desayuno.

Josefina no pudo probar bocado.

El bueno del doctor, en la preocupación de su hija no veía más que esos efectos naturales que experi-

menta toda mujer el día en que va á celebrarse su boda.

A las doce presentóse Massi, llevando á Josefina magníficos regalos, entre ellos el blanco traje de desposada, adornado con los simbólicos ramos de azahar.

Debía celebrarse la unión en Santa María de la Salud, hermoso templo situado en el Gran Canal; esto es, en lo más fantástico y encantador de Venecia, en el sitio que más predispone la imaginación á los ensueños de la fantasía.

Por las calles advertíase esa gran animación que á la reina del Adriático presta el carnaval.

Multitud de máscaras discurrían por los puentes, ó paséábanse en las góndolas.

Aquella noche se esperaba con regocijo, lo mismo por la gente noble que por la plebeya.

Llegó el crepúsculo.

Josefina lucía el traje nupcial y el aderezo de brillantes que le regaló Tanucci.

Estaba exuberante de hermosura.

Seguida de don Félix y del ayo del príncipe, dirigióse con incierto paso hacia la iglesia.

Ya no era posible retroceder.

La joven iba impulsada hacia el templo como las aguas del río hacia el mar, que no pueden pararse aunque saben que han de encontrar la muerte entre las ondas azules del Océano.

Josefina sentía en aquel instante cierta vaguedad en las ideas.

Parecía que se hallaba bajo los efectos de un enojoso sueño.

Sin embargo, todo cuanto á su alrededor pasaba era una realidad.

Pocos instantes después sería la esposa del conde de Massi.





CAPITULO XLVI

El enlace.



ANTA María de la Salud , que era el templo donde, como ya hemos dicho, debía celebrarse la boda de Josefina y el conde, hallábase profusamente alumbrado.

La joven, acompañada por su padre, penetró en la iglesia con paso incierto.

Seguíanlos el conde de Massi y el señor de Tanucci.

Ambos se aproximaron á Montalbi y á su hija, que se hallaba exuberante de belleza.

En el templo esperaban también dos damas venecianas á quienes conocía el doctor, una de las cuales habíase prestado gustosa á ser la madrina.

El enlace debía celebrarse sin esa animación que prestan los convidados.

Si el desposorio hubiera tenido lugar en Nápoles, la concurrencia hubiese sido inmensa, pues Montalbi tenía en aquella ciudad multitud de amigos.

El conde de Massi ofreció su brazo á Josefina.

Ésta apenas se apoyó en él.

Un suspiro escapóse de sus labios de carmín.

Los novios avanzaron lentamente hacia el altar mayor.

En él aguardaba el sacerdote que debía bendecir la unión.

Josefina estaba pálida como el mármol.

El momento crítico se acercaba.

Muy en breve sería la esposa de Massi; esto es, del hombre que en un principio la inspiró simpatía, pero que había llegado á serle odioso.

Los novios subieron la grada que conducía al altar.

Josefina no se atrevía á levantar los ojos del suelo.

Empezó la ceremonia.

Cuando el ministro de Dios preguntó al conde si quería por esposa á Josefina, Massi respondióle afirmativamente con acento seguro.

En cambio, la joven respondió á la interrogación del sacerdote con un leve movimiento de cabeza.

El sacerdote los bendijo.

Cuando Josefina se puso en pie, apenas pudo sostenerse.

Su padre la dió un estrecho abrazo.

Tanucci daba entre tanto un apretón de manos al conde de Massi.

Todos salieron del templo, dirigiéndose á la plaza de San Marcos, que era donde el conde había alquilado una magnífica casa.

Apenas llegaron á ésta, el doctor Montalbi se aproximó á su hijo político.

—Te ruego, —le dijo,—que permanezcas algunos instantes con Tanucci, pues necesito hablar con Josefina antes de partir.

—¿Antes de partir?

—Sí; bien sabes que mi deseo sería permanecer á vuestro lado unos cuantos días, pero me es imposible.

—¿Por qué?

—Hubiera querido que vuestra boda se realizase en Nápoles; esto te lo digo ahora que ya no es posible.

—Pero explicadme...

—Después de velar por mi hija, que ha sido el deber que siempre consideré principal, tengo otro que no es para mí menos sagrado.

—¿Y cuál es?

—El de velar por mis enfermos, —respondió el doctor: —al venir á Venecia he dejado algunos en estado verdaderamente grave. ¿No crees que es un deber de conciencia que los abandone el menos tiempo posible?

—Desde luégo. Y ¿cuándo pensáis emprender el camino?

—Hoy mismo.

—¿Tan pronto?

—No hay más remedio.

Massi guardó silencio.

La resolución de Montalbi le agradaba sobre manera.

De este modo, el padre de Josefina no tendría noticia de los sucesos que para aquella noche se preparaban.

—Descuidad,—le dijo al doctor:—yo permaneceré con el amigo Tanucci mientras habláis con vuestra hija. Mucho siento la rápida determinación que habéis tomado, pero no seré yo quien trate de disuadirlos de vuestra idea. La asistencia á vuestros enfermos es muy sagrada.

El doctor Montalbi hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

Luégo salió de la estancia, dirigiéndose á la de Josefina.

La joven habíase despojado de su blanco traje de desposada, cambiándole por otro más sencillo.

Cuando su padre llegó al aposento, sus ojos estaban húmedos por el llanto.

El doctor estuvo observándola algunos instantes.

Luégo dijo:

—Josefina, veo en tus ojos las huellas del llanto; no me explico la causa de tu tristeza. Dentro de breves momentos voy á partir, pero deber mío es darte un consejo antes de hacerlo.

—¿Vas á partir, padre?—preguntó la joven, sorprendida y revelando el disgusto que sentía.

—Sí; mi profesión no me permite estar lejos de Nápoles.

—¡Pero al menos permanecerás á mi lado algunos días!

—No, esta misma tarde emprendo el viaje de regreso.

Josefina inclinó la cabeza sobre el pecho.

El doctor rodeó con sus brazos la esbelta cintura de la joven, y, atrayéndola hacia sí, la dijo:

—Hija de mi alma, bien sabes que te adoro y que, por lo tanto, no he de querer más que tu felicidad. El hombre de quien eres esposa te ama y ha de hacerte dichosa. Procura, por lo tanto, vencer la infundada aversión que le profesas; que nunca llegue él á conocerlo, porque, como es natural, se resentiría su amor propio, y seríais muy desgraciados. Eres muy niña, no cuentas más que diez y siete años, y esas genialidades desaparecerán por completo. Poco tardaréis, según me ha dicho tu marido, en regresar á Nápoles, y tengo la evidencia de que cuando nos veamos de nuevo habrás cambiado por completo de opinión. ¿No es verdad, Josefina mía?

—Sí, padre, —respondió la joven, haciendo un esfuerzo para disimular la profunda tristeza que la ahogaba.

—Yo me alejo tranquilo con la promesa que acabas de hacerme; pero antes de partir quiero decirte que la casa de tu padre siempre es la tuya, y que en cualquier ocasión te recibiré con los brazos abiertos.

Josefina prorrumpió en sollozos.

El doctor la estrechó de nuevo, y luégo dijo:

—Adiós, hija mía, hasta muy pronto.

Montalbi salió de la estancia, volviendo á aquella en que hallábase el conde conversando con Tanucci.

Éste dijo al anciano:

—Doctor, acabo de saber por Massi que habéis resuelto partir hoy mismo.

—Con efecto.

—Veo que sois esclavo de vuestros deberes; y aunque nos contraría á todos vuestra partida, no seré yo quien trate de deteneros.

El doctor, Tanucci y Massi salían pocos momentos después de la casa, dirigiéndose hacia el Gran Canal.

Allí aguardaba una góndola, que debía conducir al doctor hasta el buque que verificaba la travesía de Venecia á Nápoles.

Montalbi estrechó la mano de Tanucci.

Luégo dió un abrazo á su hijo político.

—Ama mucho á mi Josefina,—díjole con voz trémula por la emoción;—ella es muy buena, y de seguro que ha de hacerte dichoso.

—Estoy convencido de ello.

El anciano penetró en la góndola.

El encargado de guiarla saltó al interior, y apoderándose del remo, hizo que la barca se pusiese en movimiento.

—¡Pobre anciano!—exclamó Tanucci cuando la

góndola estuvo á alguna distancia.—¡Qué lejos se halla de sospechar nuestra estratagema!

—Con efecto.

—Ahora es preciso que volváis al lado de Josefina; dentro de breves instantes iré para comunicaros que el príncipe desea que vayáis á España á cumplir una misión importante.

—Perfectamente.

—También es necesario que no olvidéis que esta noche debéis llevar á vuestra esposa á admirar la animación del Gran Canal.

—Os comprendo.

El conde dirigióse hacia la plaza de San Marcos.

Sentía verdaderos deseos de que terminase aquella farsa.

—¡Ah maldito hebreo,—exclamó, refiriéndose á Jacob,—cuán caro me cuesta el oro que te arrebaté!

Massi penetraba en su casa poco tiempo después.

Dirigióse al aposento de Josefina.

La joven hallábase reclinada en un sillón.

Al ver á su marido, dirigióle una tímida mirada.

—Esposa mía,—dijo Massi,—tu padre ha partido ya; veo en tu rostro el disgusto que esto te ha causado; pero, qué remedio, verdaderamente no podía abandonar á sus enfermos.

—Bien lo sé,—dijo la joven.

—Le he prometido que muy en breve volveremos á Nápoles, y no dudes que así será. Sonrían, pues, tus labios; no quiero ver tu rostro entristecido.

Josefina se sonrió, pero su sonrisa recordaba esos pálidos rayos del sol de invierno.

—Esta noche,—prosiguió Massi,—daremos un paseo en góndola; ya verás qué delicioso se halla el canal de Brenta. Máscaras que pueblan millares de góndolas, y cuya algazara predispone á la alegría; edificios profusamente iluminados; música por todos lados; en fin, te aseguro que has de pasar bien la velada.

Josefina no respondió.

¿Qué la importaban á ella todas las locuras del carnaval, si su corazón estaba de luto?

Iba Massi á seguir hablando, cuando abrióse la mampara.

Un criado anunció al señor de Tanucci.

—Que pase en seguida,—ordenó el conde.

El ayo del príncipe penetraba en el aposento algunos instantes después.

—Amigo mío,—dijo después de inclinarse con respeto delante de Josefina,—os traigo una noticia satisfactoria.

—¿Cuál?

—El príncipe Carlos se ha acordado de vos.

—Tanta honra...

—Y os confía una importante misión para España.

—¿A mí?

—A vos, amigo mío.

—Mucho agradezco tan alta distinción.

—Parece que el asunto es urgentísimo; así es que convendría que os presentaseis á su alteza.

—¿Hoy mismo?

—Cuanto antes.

—Bien.

Y fijando sus ojos en Josefina:

—Esposa mía, —dijo, —deseo que para dentro de dos horas te halles dispuesta para salir. Ya sabes que esta noche daremos un paseo por el canal. El príncipe no me detendrá mucho.

Y esto dicho, Massi salió de la estancia, seguido del señor de Tanucci.





CAPITULO XLVII

El rapto.



NA sonrisa se dibujó en los labios de la hija del doctor apenas salieron de la estancia su marido y Tanucci.

—El príncipe le encomienda una misión para España, - exclamó la joven. — Es probable que la estancia de Massi en ese país se prolongue. ¡Ah! Quiera Dios que así suceda, pues de ese modo podré permanecer al lado de mi padre. No creo que se niegue mi esposo á este justo deseo.

Josefina se levantó, agitando luégo el cordón de la campanilla.

Una doncella presentóse.

—¿Qué mandáis, señorita?

—Ayúdame á vestir. Trae mi mejor traje y mis más ricas joyas.

La doncella salió del aposento, volviendo al poco rato con lo que su señora acababa de indicar.

Josefina vistióse un traje de seda azul, adornado con magníficos encajes de Bruselas.

Adornóse también con el aderezo que pocos días antes la había regalado Tanucci.

Estaba resplandeciente de hermosura.

Al verse reproducida en la luna de Venecia de su tocador, una sonrisa dibujóse en sus labios, cárdenos y puros como el cáliz de una amapola.

—¡Cuán bella estáis, señorita! —exclamó la doncella.

Eran las ocho de la noche cuando el conde de Massi regresó á su casa.

Al ver á Josefina, no pudo reprimir una exclamación de asombro.

Jamás la había visto tan hermosa.

Sus rubios cabellos ornaban su frente, blanca é inmaculada como la nieve.

Sus ojos azules tenían esa arrobadora expresión que daba á sus imágenes el inmortal Murillo.

¿Qué pensamientos cruzaron por la imaginación del conde?

No es difícil adivinarlos.

Aquella hermosísima mujer con quien se había unido, debía aquella misma noche salir de la casa en

que se hallaba, pasando á la morada del príncipe.

Massi experimentaba en aquel instante algo parecido á lo que debe sentir el pescador de perlas al tener en sus manos una de esas preciosas concreciones que se forman en lo interior de la concha.

—Esta perla es mía,—exclamó;—pero necesito desprenderme de ella, venderla á cambio de un puñado de oro.

Josefina fijó sus ojos en los de Massi.

—¿Habéis estado en palacio?—preguntó.

—Sí,—respondióla el joven.

—Y ¿qué os ha dicho el príncipe?

—Que es forzoso que parta á España cuanto antes.

—¿Esta noche?

—No; para esta noche os prometí que daríamos un agradable paseo por el canal, y quiero cumplir lo ofrecido.

—¡Ah! Si es sólo en eso en lo que estriba vuestra detención, no quiero que os expongáis al enojo del príncipe. Yo, si me lo permitís, partiré á Nápoles, esperando vuestro regreso en la casa de mi padre.

—No, Josefina; esta noche permanezco en Venecia; tengo una orgullosa satisfacción en que os vean á mi lado.

—Como queráis, —dijo la joven, sin poder disimular su disgusto.

Y sentóse en un diván.

Massi estuvo contemplándola algunos momentos.

Luégo, atraído por la fascinadora hermosura de la

hija del doctor, fué aproximándose á ella poco á poco.

El conde se sentó en el mismo diván que ocupaba su esposa.

—¡Qué bella sois!—exclamó.

Y apoderóse de una de sus manos.

Josefina se estremeció.

Massi iba á depositar un beso en aquella mano blanca como el alabastro, cuando abrióse la mampara, dando paso al señor de Tanucci.

El conde no pudo reprimir un movimiento de disgusto.

Púsose, sin embargo, en pie, procurando disimular con una sonrisa lo contrariado que le dejaba aquella inoportuna visita.

—Señores,—dijo el ayo del príncipe, afectando no haber advertido el disgusto de Massi,—una góndola espera; la noche está hermosísima; ¿qué hacéis aquí todavía? Vamos á ver las iluminaciones y á oír los acordes de la música.

—Sí, vamos,—dijo el conde.

Y ofreció su brazo galantemente á Josefina.

La joven se apoyó en él.

—Comprendiendo,—continuó Tanucci,—que dos recién casados tienen mucho que hablar, he hecho que preparen una góndola para los novios.

—¿Y vos?—preguntó Josefina, que no perdonaba ocasión para no quedarse sola con su marido.

—Yo,—respondió el interpelado,—iré en otra góndola.

— Señor de Tanucci, vuestra compañía nos sería sumamente grata.

— Mil gracias, pero no me gusta ser importuno.

Josefina, del brazo de su marido, y Tanucci, salieron de la casa, cruzaron la plaza de San Marcos, que estaba llena de gente, y aventuráronse hacia el Gran Canal.

A pesar de la triste situación de ánimo en que la joven se hallaba, no pudo menos de sorprenderse en presencia de la hermosa perspectiva que presentaba aquella encantadora ciudad.

Los que visitan Venecia creen hallarse transportados á las poéticas regiones de los ensueños.

Pero cuando creció el asombro de Josefina fué al llegar al Gran Canal.

Los palacios parecían surgir del agua, reflejándose en la azulada superficie de aquellas linfas azuladas, fiel espejo de un cielo tachonado de resplandecientes estrellas.

Todos los balcones de los edificios, así como la multitud de puentes, entre éstos el de Rialto, esa maravilla de la estética, hallábanse iluminados por miles de farolillos de distintos colores.

Josefina olvidábase en aquel instante que iba en la góndola al lado del conde; sólo pensaba en admirar la serenidad de la noche, los argentinos rayos de la luna, los cadenciosos rumores de las aguas, hendidas por millares de esas extrañas embarcaciones propias de la localidad á que nos referimos.

Estas iban llenas de máscaras vestidas con caprichosos trajes, las cuales gritaban y reían con ese júbilo que siente la juventud en carnestolendas.

Massi iba silencioso.

Aquella vez fué Josefina la primera que habló, diciendo:

—¡Qué hermosa es Venecia!

—Mucho,—respondió Massi, saliendo de sus profundas abstracciones;—sin embargo, bajo este espléndido cielo también se albergan corazones mezquinos y odiosos.

—Parece imposible,—exclamó la joven.

—Se os resiste creer que hay seres infames, porque vuestra alma es buena y no puede comprender que bajo el hermoso cielo de Italia puedan abrigarse más que corazones tan cándidos como el vuestro. Sin embargo, recordad que esta hermosa tierra que nos sirvió de cuna ha sido la patria de los más célebres bandidos.

—Cierto, y no podéis imaginaros el terror que siempre me han inspirado esos malhechores.

—¿Por qué?

—Lo ignoro: es una verdadera preocupación que no puedo explicarme, pues carece en absoluto de fundamento.

—Creí que habíais tenido algún desagradable encuentro con ellos.

—Nunca, ni Dios lo permita,—dijo la joven.—Mi padre referíame á veces, particularmente en mi infan-



cia, anécdotas de bandidos y misteriosas aventuras que alejaban el sueño de mis párpados.

—¡Si conocierais la azarosa vida del veneciano Esbarti!

—No la conozco.

—Era un célebre bandido, quizás el más temible, porque era un hombre que distaba mucho de la vulgaridad de casi todos los malhechores.

—Jamás le oí nombrar.

—¿Queréis que os refiera alguno de los episodios de su vida?

—¿Por qué no?

—De esta manera os convenceréis de que, cuando un hombre tiene predisposición hacia lo malo, no necesita refugiarse en las asperezas de las montañas.

—¿Vivía en Venecia ese bandolero?

—Esta ciudad fué el teatro de sus criminales hazañas, y durante algunos años no hubo quien pudiera prenderle.

—¡Es singular!

—Esbarti, —prosiguió el conde, —era casi un niño cuando, siguiendo sus inclinaciones aventureras, abandonó la casa de sus padres. Afirman los que le conocieron que la naturaleza había sido muy pródiga con él, pues además de ser un gallardo mancebo, pertenecía á una ilustre familia, teniendo también una inteligencia muy clara.

—¡Lástima que con esas dotes se extraviase!

—Con efecto. Esbarti se enamoró ciegamente de una

bella joven que sostenía amores con un caballero. Cuantas gestiones hizo para desbancar á su afortunado rival, fueron inútiles; y una noche, cuando éste hablaba con su amada á través de la reja, Esbarti sintió el áspid de los celos, y asesinó al amante. Unos dicen que luchó con él en buena lid, y otros que le quitó la vida por la espalda.

—¡Qué horror!

—Lo cierto es que el bandido se vió en la imprescindible necesidad de ocultarse á los ojos de la justicia, pues el muerto era persona de valimiento, y su familia no dejó de hacer gestiones para que Esbarti sufriera el castigo á que se había hecho acreedor.

—¿Y qué resultado dieron esas gestiones?

—Por el pronto, ninguno. Esbarti no se alejó de Venecia; por el contrario, no sólo no pensó en huir, sino que desde el día en que dió la muerte á su rival no dejó que pasase semana sin hacer alguna fechoría de las suyas.

—Tendría quien le protegiera.

—Su espada y su valor.

—¡Parece imposible!

—Esbarti, pocas noches después de los sucesos que he narrado, penetró en la casa de la mujer que amaba, y se la llevó, de lo que se estuvo hablando en Venecia durante muchos días.

—¿Esa joven viviría en una calle poco céntrica?

—No lo creáis: vivía en la misma plaza de San Marcos.

—Y ¿cómo pudo llevar á cabo el bandolero tan arriesgada aventura?

—Porque, como antes he dicho, no era hombre que retrocedía ante peligros y dificultades; por el contrario, éstos eran su elemento.

—¡Qué hombre, Dios mío!

—Esbarti llevó á la joven Isabela á una casa situada cerca del puente de los Suspiros.

—¡Cuánto sufriría la pobre joven al verse en poder de ese infame!

—Esbarti cayó á los pies de Isabela, suplicándola que correspondiese á la devoradora pasión que sentía; pero la joven le trató con el mayor desdén.

—Se comprende que así lo hiciese, cuando su corazón pertenecía á otro y el que la solicitaba era un hombre indigno de ella.

—Transcurrió algún tiempo. Esbarti consiguió al cabo hacerse dueño del cariño de Isabela; y como no puede existir verdadero equilibrio en el amor, esto es, que siempre ha de haber un tirano y un esclavo, á medida que la joven fué amándole, Esbarti fué desprendiéndose de su afecto.

—¡Qué infamia!

—La última aventura del bandolero tuvo lugar muy cerca del sitio en que nos hallamos.

—¿En el Gran Canal?

—En las inmediaciones del Sido.

—Y ¿qué aconteció?

—Era una hermosa noche, tan espléndida como la

que estamos admirando ahora; también era carnaval, y multitud de máscaras columpiábanse en góndolas, gallardamente, sobre las aguas del Brenta. Aquella noche habíase unido una gentil veneciana con un ilustre caballero que cifraba en ella todo su amor.

—¿Y acaso Esbarti se interpuso en el camino de los cónyuges?

—Precisamente.

—¿Para robarles cuanto llevaban?

—No, para arrebatár á la hermosa joven.

—¡Ah Dios mío! ¿Pero el esposo la defendería hasta morir?

—Según dicen, mucho era su arrojo, pero no le bastó para evitar que la joven fuese una de las víctimas del bandolero.

—¿Luego la arrebató de los brazos de su esposo?

—Sí.

—Sólo el oír esa narración me estremece: ¡cuánto padecería la desgraciada al verse en poder de un infame!

—El marido luchó cuanto pudo, pero Esbarti dióle una estocada mortal.

La hija de Montalbi exhaló un suspiro.

La relación de aquella historia la aterraba.

Instintivamente su mano de nieve levantó una de las cortinillas que cubrían una de las ventanas del camarín.

Una ligera palidez cubrió su rostro.

La góndola habíase alejado del Gran Canal.

En vez del bullicio de las máscaras, advertíase el más profundo silencio.

—¿Adónde vamos?—preguntóle á Massi.

Este se asomó por la otra ventanilla.

—Hacia el Sido,—respondió después de un instante.

—¿Hacia el Sido?

—Sí; ya veréis qué hermosas perspectivas se disfrutan.

—Pero...

Y la joven dudó en proseguir.

—Acabad.

—¿No es el Sido el lugar en que Esbarti robó á aquella recién casada?

—Sí.

—¿Y no teméis que se repita aquella desagradable aventura?

—No; Esbarti no se halla en Venecia hace muchos años; todo hace creer que ha muerto, ó por lo menos que se halla en remotos países.

—¿Y si no fuese así?

—Quién piensa en semejante cosa. Sin embargo, si deseáis que volvamos á la ciudad, diré al gondolero que reme en distinta dirección.

—Sí, tengo miedo.

Y Josefina, al decir esto, sacó su rubia cabeza por fuera de la ventanilla.

Hacia ellos aproximábase lentamente una góndola.

La joven se estremeció.

Sentado en la parte de proa iba un hombre vestido de negro, que llevaba cubierto el rostro con un antifaz.

Al lado de éste iba otro enmascarado.

Josefina se acordó de la historia que acababa de referirle su marido.

—¿Será ese hombre Esbarti?—pensó.

Y sus ojos se fijaron con insistencia en el encubierto.

Del camarín de la misteriosa góndola salieron otros dos hombres.

El espanto de Josefina aumentaba por instantes.

La joven dejó caer la cortina de terciopelo, é instintivamente se aproximó á Massi.

—¿Qué os sucede?—la preguntó éste. — Os encontráis pálida y temblorosa.

—No, no es nada.

La góndola en que iban nuestros protagonistas se detuvo de pronto.

El conde se levantó.

—¿Qué es esto?—dijo, afectando una sorpresa que se hallaba muy lejos de sentir.

Y no había terminado de hacer esta pregunta, cuando en la puerta del camarín se dibujó la silueta de un hombre.

Era el encubierto.

Josefina exhaló un grito.

Massi desenvainó su espada.

El enmascarado hizo lo mismo.

Se trabó la lucha.

La hija del doctor vió que su esposo era acometido por otros dos hombres.

No pudiendo soportar la terrible emoción que experimentaba, hizo un esfuerzo para levantarse, cayendo desplomada y sin sentido sobre los cojines de terciopelo.

El encubierto guardó su acero.

Massi hizo lo propio.

Una vez que Josefina había perdido el conocimiento, no se necesitaba continuar la farsa.

—¿Sois vos, marqués?—preguntó Massi.

—El mismo,—respondió el conocido acento de Grimaldi, pues no era otro el enmascarado.

Y después de dar esta respuesta, cogió entre sus brazos á Josefina.

—Ahora, conde,—dijo,—ya sabéis que os conviene partir á España. El príncipe no olvidará nunca el servicio que esta noche le habéis hecho.

—Grande ha sido el sacrificio.

—Mayor aún será la recompensa.

—Tal espero.

Grimaldi, ayudado de los criados que le acompañaban, condujo á Josefina á la otra góndola.

La joven parecía que se hallaba muerta.

El marqués la acomodó en el interior del camarín.

—Remad hacia el Sido, - ordenó á los criados.

Y haciendo un amistoso saludo á Massi, le dijo:

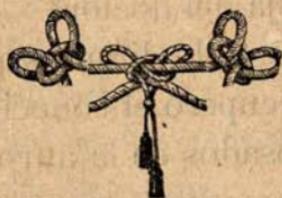
—Amigo mío, hasta la vista. No creo que vuestra permanencia en España se prolongue mucho.

Las dos góndolas se pusieron en movimiento en dirección contraria.

Massi respiró con fuerza.

—¡Gracias á Dios, — dijo, — que ha terminado esta aventura! Ahora volveré á Nápoles en busca de mi adorada Felisa para que me acompañe á España.

Dejémosle por ahora, y sigamos al marqués de Grialdi y á la desdichada Josefina.





CAPITULO XLVIII

Revelaciones desgarradoras.



UANTO tiempo duró el desmayo de la hija del doctor?

Sólo diremos que, cuando Josefina recuperó el conocimiento, los reflejos rosados de la aurora penetraban tímidamente á través de un cortinón de damasco grana que cubría el balcón de la estancia.

La joven abrió los ojos.

Luégo pasóse la mano por la frente procurando coordinar sus ideas.

Después dirigió una mirada al rededor del lujoso aposento en que se hallaba.

Este era espacioso.

En una de sus paredes, cubiertas de tapices de gran valor, había una chimenea de negro mármol con medias cañas de bronce.

En el centro de la habitación había una mesa de ébano de forma elíptica, con incrustaciones de plata, oro y marfil.

Una lámpara de cristal de roca y bronce pendía del techo, el cual estaba artísticamente pintado al fresco.

Josefina hallábase en un lecho de ébano con preciosas incrustaciones.

La joven se incorporó.

Sus cabellos cayeron desordenados sobre las blancas almohadas, semejando una madeja de oro.

—¿Qué es esto, Dios mío, dónde estoy?—preguntóse.

Y llevóse de nuevo la mano derecha á la frente, como queriendo despertar de un sueño.

Sin embargo, bien pronto convenciése de que cuanto la sucedía era realidad.

La joven saltó del lecho, poniendo sus diminutos pies sobre la mullida alfombra.

Luégo dirigióse hacia la puerta.

Acababa de coordinar perfectamente sus ideas.

—Sí, no hay duda,—exclamó, temblando como la hoja en el árbol cuando siente el impulso de la brisa;— esta morada debe ser la del bandolero Esbarti.

La joven trató de abrir la mampara de la estancia, pero ésta hallábase cerrada con llave por la parte exterior.

Entonces, exhalando un profundo suspiro, dejóse caer con abatimiento en uno de los sillones que adornaban la estancia.

—¡Ah Dios mío,—exclamó,—cuán desgraciada soy!

Dicho esto, enjugó rápidamente con su lenzuelo las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Habían llegado hasta ella rumores de pasos.

No quería que Esbarti, en cuyo poder pensaba hallarse, la encontrase abatida, sino altiva y enérgica.

Instantes después sintió el ruido que produjo la llave de la puerta al girar en la cerradura.

Sus ojos fijáronse en el dintel.

La mampara abrióse lentamente, dando paso á una doncella.

Las facciones de ésta eran agraciadas, predisponiendo, por lo tanto, á la simpatía.

—¿Llamabais, señorita?—preguntó la aparecida.

—Sí; quiero que inmediatamente me franqueéis la puerta, deseo salir de esta casa.

—¡Ah señorita, eso es imposible! Estáis delicada, es muy temprano, y la brisa de la mañana os sería perjudicial.

—No importa; quiero salir de esta casa, que no es la mía.

—¿Que no es la vuestra?

—¡Qué ha de serlo!

—Tengo noticias de todo lo contrario; me consta que cuanto en esta suntuosa morada se encierra os pertenece.

—¡A mí!

—A vos: ¿qué os sorprende?

—¿No ha de extrañarme lo que me decís? Yo no tengo más casa que la de mi marido.

—Vaya, señorita,—dijo la italiana con dulzura;— lo que ahora debéis hacer es acostaros; estáis muy nerviosa; os traeré una taza de tila.

—No, no quiero más que salir de aquí.

—Si os lo permitiese, me reñirían.

—¿Quién?

—El señor.

—No reconozco derecho para detenerme más que en mi marido. ¿Os referís, por lo tanto, al conde?

—No, señora; me refiero al ilustre y gallardo joven en cuya casa estáis.

—¿Al infame Esbarti, á ese bandolero sobre cuya conciencia pesan tantos crímenes?

—¿Qué locura! ¿Quién os ha dado noticias tan equivocadas?

—¿No es éste su palacio?

—No, señora.

—Entonces, ¿dónde estoy?

—Pues en la casa de un joven caballero que os ama hace tiempo.

Al oír esta respuesta, una idea cruzó rápidamente por la imaginación de Josefina.

¿Sería aquella casa de Roberto Estrañi, su antiguo amado, esto es, el único hombre que era dueño de su alma?

La doncella acababa de decirle que la vivienda en que se hallaba pertenecía á un joven que sentía por ella una antigua pasión.

Ella no podía sospechar la ardiente llama que encendió en el pecho del príncipe.

Sin embargo, aquella sospecha fué desechada.

—No,—se dijo;—Roberto era pobre; no es posible que haya adquirido una fortuna en el corto transcurso de unos días; además, él, tan caballero, tan noble, no hubiera sido capaz de apelar á medios tan extremos.

Josefina fijó de nuevo sus azules ojos en la doncella.

—¡Basta!—dijo con acento imperioso.—He dicho que quiero salir de aquí, y no admito que nadie se oponga á mi deseo.

—¡Pero si lo que pretendéis es imposible, señorita!

—¿Por qué?—preguntó la joven con impaciencia.

—Por las razones que os he expuesto antes.

—No reconozco autoridad sobre mí más que en mi padre ó en mi marido.

—¿Y si ese joven que tanto os ama os ruega que permanezcáis aquí?

—No le complaceré.

—Haréis mal, y es posible que al verle cambiéis de opinión.

—Eso nunca.

—Es gallardo.

—¡Qué me importa!

—Es opulento.

—Jamás fuí interesada.

—Es noble.

—Poco lo ha demostrado.

—Os ama.

—No lo prueba, cuando me ofende.

—No lo creáis.

—Estoy convencida de que no me equivoco.

—Tal vez sí,—dijo el príncipe, que había escuchado el diálogo oculto detrás de la mampara.

Y al decir estas palabras, penetró en el aposento.

La joven dirigió una mirada á don Carlos.

Su asombro no tuvo límites.

En seguida le reconoció, pues habíale visto varias veces en Nápoles.

—¡El príncipe!—exclamó.

Don Carlos hizo una seña á la doncella para que se alejase de la estancia.

La sirvienta obedeció.

Hubo un instante en que los dos jóvenes guardaron el más profundo silencio.

Josefina habíase quedado presa de la mayor estupefacción.

Don Carlos fué el primero que habló después de aquella pausa.

—Efectivamente, señora, soy el príncipe, que os amo y que no puedo ser dichoso sin que me correspondáis.

—¡Señor!...

—Josefina, comprendo que he obrado mal, que mi

conducta para con vos no es digna de mi alto linaje, pero hay una disculpa en mi abono. Os amo; y cuando el alma se encuentra poseída de una pasión como la que habéis sabido inspirarme, no repara en obstáculos, no se detiene ante barreras, por grandes é infranqueables que parezcan.

—¡Señor!...—repitió Josefina, cada vez más turbada, pues la presencia del príncipe había helado la sangre en sus venas.

—Sé que me censuraréis; conozco que en este momento os parezco el hombre más despreciable; pero es posible que oyéndome cambiéis en breve de opinión.

—Eso nunca, príncipe.

—He de demostraros de tal modo la pasión que os profeso, que hasta comprenderéis el paso que acabo de dar.

—¡Ah señor, vuestra alteza olvida sin duda que he contraído hoy mismo sagrados deberes!

—Lo sé.

—¿Que lo sabéis?

—No ignoro que estáis casada con el conde de Massi.

—Y entonces, ¿qué pretendéis de mí, qué es lo que os inspiro? Una pasión bastarda, solicitando una correspondencia criminal.

—Así la calificaría el que no se haya nunca apasionado; pero yo no.

—Vos, como todos.

—No lo creáis. ¿Quién pone en duda que hay á ve-

es circunstancias atenuantes aun para disculpar los hechos más censurables?

—No os comprendo.

—Vos, Josefina, no amáis al hombre con quien os habéis unido.

—Mucho asegurar es eso.

—No, vos no le amáis; me consta.

Estas palabras fueron pronunciadas por el príncipe con acento de profunda convicción.

—¿En qué os fundáis para creer que no amo al hombre con quien me he unido?

—Josefina, os lo diré.

—Os escucho.

—¿Vais á negarme que en Nápoles, esto es, en esa hermosa ciudad que fué vuestra cuna, amabais á un joven con el que os hubierais casado á no interponerse en vuestro camino el conde de Massi?

La joven, al oír esta pregunta, fijó sus ojos en el príncipe.

—¿Quién os ha revelado hasta los más profundos secretos de mi corazón? —preguntó después de un instante.

—¿Luego ya confesáis que es cierto lo que acabo de decir?

—Sí, príncipe: ¿á qué negaros lo que sabéis? Yo amaba á otro: si no fuera porque ya no soy dueña de mi albedrío, diría que le amo todavía.

—¿Todavía?

—No puedo negároslo.

—Pero vuestro padre, engañado por las apariencias, hizo que os unieseis al conde.

—Muy cierto.

—Pues bien, Josefina, yo no he podido permitir que pertenezcáis á un hombre de las condiciones de Massi.

—¿Acaso no le pertenezco ya?

—No; sois su esposa ante los hombres, pero no ante Dios.

Y el príncipe, avanzando algunos pasos, sentóse cerca de Josefina.

Esta no apartaba sus ojos de él.

Las últimas palabras del joven habíanla impresionado.

¿En qué se fundaba el príncipe para asegurar que el de Massi era indigno de ser su esposo?

Esta fué la pregunta que Josefina se hizo.

—Príncipe,—dijo después de algunos instantes de profunda reflexión,—os ruego que me habléis con franqueza: no comprendo lo que queréis decirme respecto á mi esposo.

—Me lo explico, y tengo la seguridad que lo que voy á deciros ha de sorprenderos.

—Os escucho.

—No, ahora no; tiempo nos queda para hablar; ahora, hermosa Josefina, lo único que deseo es que adquiráis la certeza de lo mucho que os amo.

Josefina hizo un movimiento de disgusto.

Todo cuanto á su alrededor pasaba perezcale un sueño.

¡Verdad es que habíale ocurrido tan extrañas cosas en el corto transcurso de algunos días!...

El príncipe continuó:

—Josefina, vuelvo á repetiros que os amo, y cuando os diga cuanto ha ocurrido, es seguro que sentiréis hacia vuestro esposo el mayor desprecio.

—¿Y cuándo lo sabré?

—Mañana mismo.

—¿Por qué no ahora?

—Ahora no es posible; habéis sufrido en poco tiempo demasiadas emociones; os halláis sobrecitada, intranquila, y no quiero aumentar vuestros disgustos.

—No os inquiete esa idea: tengo valor para sufrirlo todo.

—Vuestra excesiva palidez acusa lo contrario.

—No lo creáis, príncipe.

El joven dudó un momento.

Luégo prosiguió:

—Pues bien, Josefina: sabed que el conde no os ama.

—Si no me ama, ¿por qué me ha conducido al altar, haciéndome la más desventurada de las mujeres?

—Horrible es la revelación que voy á haceros, pero quiero arrancar la venda que cubre vuestros ojos.

—Sí, príncipe, sí, os lo suplico.

Don Carlos refirió á Josefina cuanto había pasado, sin omitir ningún detalle.

La indignación de la joven fué grande.

—¿Conque es decir, —exclamó, —que ese miserable

se ha casado conmigo por verse libre de las deudas que tenía? ¡Ah señor, cuán desgraciada soy!

Y la hija de Montalbi prorrumpió en amargos sollozos.

—Os conocí una tarde, — prosiguió don Carlos; — era esa hora en que el crepúsculo iba esparciendo sus misteriosas tintas sobre el Mediterráneo; os encontré hermosa; sentí en mi alma algo que hasta entonces no había experimentado, y desde entonces vuestra imagen quedó grabada en mi corazón.

—¡Ah príncipe, no puedo disculparos! ¡Habéis obrado mal, pero más indignamente ha procedido el hombre que accedió á complaceros vendiendo su honra y la mía por un puñado de oro!

—Yo os amo, y el amor lo disculpa todo.

—Señor, aun existen medios para borrar vuestra falta, para que os elevéis á mis ojos y os guarde un eterno agradecimiento.

—¿Cuáles, Josefina?

—Permitidme que salga de esta morada y que vuelva á la casa de mi padre.

—¡Es tan inmenso el sacrificio que me exigís!

—¿Qué habéis encontrado en mí para que pretendáis hacerme eternamente desgraciada? Hay mujeres mucho más hermosas que pueden llenar los deseos de vuestra alteza.

—Ninguna.

—Sí, príncipe, no lo dudéis.

—Vuelvo á deciros que ninguna.

—Aun suponiendo que así fuese, considerad que vais á hacerme infeliz para siempre. Yo no os amo: como habéis dicho muy bien hace poco, mi corazón pertenece á otro hombre. Sé que el de Massi me ha hecho imposible para él desde el instante en que soy su esposa; pero el pensamiento es libre, no se encadena jamás, y el mío pertenece por completo á Roberto.

—¿Al joven que os acompañaba la tarde que os conocí?

—Sí, señor.

—Tenéis diez y siete años; es posible que le olvidéis, Josefina.

—Nunca.

—Sois demasiado joven para renunciar para siempre á los encantos de una pasión correspondida.

—Sin embargo, tengo que hacerlo, tengo que ocultar los sentimientos de mi alma.

El príncipe guardó silencio.

Sus ojos no se apartaban de la joven.

Cada vez parecía más hermosa.





CAPITULO XLIX

La babosa y la flor.



ON Carlos permaneció en la estancia algunos instantes más.

Josefina hallábase con el rostro cubierto con las manos.

Entre sus dedos color de rosa temblaban algunas lágrimas, brillantes como gotas de rocío.

El príncipe, comprendiendo que no eran aquellos los momentos más oportunos para seguir hablando de su amor á la joven, se puso en pie y salió de la estancia.

Josefina permaneció largo rato ensimismada en su dolor.

Al separar las manos de su rostro encontróse sola.

Un hondo suspiro se escapó de su pecho.

—¿Qué debo hacer, Dios mío?—preguntóse.

Y poniéndose en pie, se aproximó al balcón.

Desde éste divisábase la azulada llanura del mar.

El cielo estaba espléndido.

El sol había conseguido rasgar las oscuras tintas del crepúsculo matutino, y arrebolaba el horizonte con sus rayos de grana y ópalo.

La brisa del mar refrescó la enardecida frente de la joven.

—¡Cuán desgraciada soy!—exclamó.—Y lo más horrible es que no hallo manera de salir de esta casa.

Luégo su pensamiento se fijó en el conde de Massi.

—¡Parece imposible,—se dijo,—que haya en el mundo hombres tan despreciables!

Aquel día la hija del médico lo pasó presa de la mayor angustia.

A cada instante parecíale que llegaban hasta ella rumores de pasos.

Sus ojos se fijaban con ansiedad en la puerta, temiendo ver al príncipe.

Sin embargo, don Carlos no se presentó.

Éste se hallaba acompañado de Tanucci.

Veamos el diálogo que sostenían.

—Mucho me temo,—exclamaba el joven,—que no hayamos conseguido nada.

—¿A qué se refiere vuestra alteza?

—¡Qué pregunta, Tanucci! ¿Acaso puedo pensar ahora en otra cosa que en esa niña?